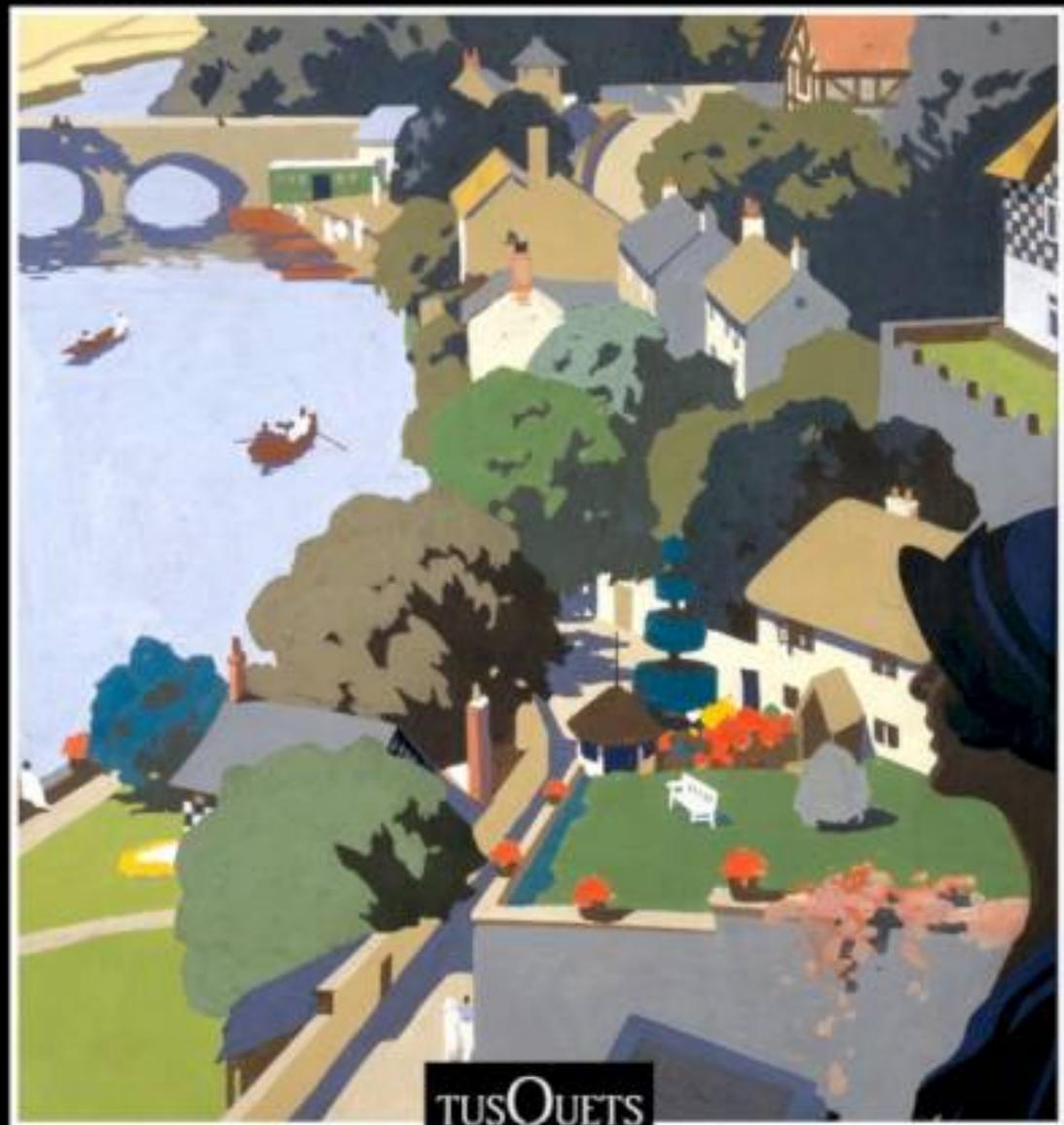


J.L. Carr

UN MES EN EL CAMPO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Citas

Prefacio

Un mes en el campo

Notas

Créditos

Sinopsis

Una mañana lluviosa, Tom Birkin se apea en la estación de tren del pequeño pueblo de OXgodby, con un mapa, un abrigo de tweed de segunda mano, un capazo y una cama de campaña plegable por todo equipaje. Es un superviviente de la Primera Gran Guerra, su mujer lo ha abandonado y todavía arrastra secuelas de sus traumáticas experiencias en las trincheras de Francia. Por eso ha aceptado un trabajo en el norte: restaurar un mural medieval de la iglesia de OXgodby. Tal vez el tranquilo y sencillo entorno le devuelva ese apego a la vida que el pasado le arrebató. Poco a poco, Tom se acerca a los habitantes del lugar, a personajes singulares e inolvidables, surge la amistad. Y quizás, también, el amor.

J.L. CARR
UN MES EN EL CAMPO

Traducción de José Manuel Benítez Ariza

Para Kathie
y para Sally... Adiós

Novela: cuento pequeño, generalmente de amor.

Diccionario del DOCTOR JOHNSON

Ahora me detengo a respirar
antes de dispersarme;
toma mi mano pronto y dime
qué tienes en el corazón.

A.E. HOUSMAN

No acude cuando el mediodía se alza
sobre las rosas:
el día tiene demasiada luz.
No acude al alma hasta que descansa
del trabajo y del juego.
Pero cuando la noche se alza sobre
las colinas y las grandes voces
llegan con el oleaje,

a la luz de las estrellas y de las velas y
de los sueños
ella acude a mí.

HERBERT TRENCH

Prefacio

En el curso de cualquier actividad prolongada, uno tiende a olvidar las intenciones originales. Pero creo que, cuando di comienzo a *Un mes en el campo*, mi idea era escribir una historia ligera, un idilio rural en la línea de *Bajo el árbol del bosque* de Thomas Hardy. Y, a fin de fijar el tono de voz adecuado para contar una historia así, quería que el narrador contemplase con dolor lo sucedido cuarenta o cincuenta años antes, pero que, al evocar un tiempo irremisiblemente perdido, le diese todavía un vuelco el corazón.

Y quería que sonase a verdadero. Así que fijé el escenario en North Riding, en el valle de Mowbray, donde mi familia había vivido durante muchas generaciones y donde, en plena edad del caballo de labranza y de acostarse a la luz de las velas, crecí en un hogar similar al de la familia Ellerbeck.

Escribir novelas puede exigir cierta sangre fría. Uno usa lo primero que encuentra en la memoria y lo adecúa a sus fines. La visita a la niña moribunda, el sermón primerizo, la merienda de la escuela dominical, el día en la siega y muchas otras cosas sucedieron entre los páramos Peninos y las llanuras de Yorkshire. Pero la iglesia en medio de los campos está en Northamptonshire, su cementerio en Norfolk y

la casa del párroco en Londres. Hay que sacar provecho de todo.

Sucede también que, durante los meses en los que uno anda escribiendo sobre el pasado, la historia se tiñe con lo que le está sucediendo entonces al escritor. Así que, imperceptiblemente, el tono de voz cambia, las intenciones originales se pierden. Y me vi asomado a otra ventana, mirando un paisaje más oscuro, donde no habitaban ni el presente ni el pasado.

J.L. CARR

Un mes en el campo

Cuando el tren se detuvo salí a trompicones, dando codazos y pateando el macuto que tenía delante. En el andén alguien gritaba desesperadamente: «Oxgodby, Oxgodby». Nadie se ofreció a echarme una mano, así que me encaromé de nuevo al compartimento y fui tropezando con tobillos y pies hasta alcanzar la talega (en el portaequipajes) y mi cama de campaña plegable (bajo el asiento). Si esto era una muestra representativa de cómo eran los norteños, me hallaba entonces en un país enemigo y todas las precauciones eran pocas antes de dar un paso. Oí que un tipo contenía el aliento y que otro gruñía: ninguno de los dos habló.

Entonces el jefe de estación silbó, el tren avanzó un par de pasos de una sacudida... y se detuvo. Esto bastó para que el viejo del rincón de la izquierda se animase a bajar su ventanilla hasta la mitad.

—Va usted a enfriarse y a calarse hasta los huesos, jefe —dijo, y cerró la ventanilla en mis narices.

En ese momento la máquina soltó un espléndido penacho de vapor y arrancó trastabillando, mientras una hilera de rostros impasibles me miraba fijamente. Y yo estaba solo en el andén, arreglando mi bolsa, echándole un último vistazo a un mapa, embutiéndolo en el bolsillo de mi abri-

go, sacándolo de nuevo hasta hacer que se cayese mi bille-
te sobre las botas del jefe de estación, arrepintiéndome de
no haber cosido uno o dos de los botones que me falta-
ban, esperando que dejara de llover hasta que tuviera un
techo sobre mi cabeza.

Una muchachita, con la cara aplastada contra el cristal
de una ventana, me miraba fijamente desde la casa del jefe
de estación. Debió de ser mi abrigo lo que le llamó la aten-
ción; era de antes de la guerra, de alrededor de 1907, ima-
gino, una tela estupenda, de la buena, mezclilla gruesa, de
espiga. Me llegaba a los tobillos: su primer propietario de-
bió de ser un grandullón con dinero.

Vi que me iba a mojar mucho; me entraba agua por las
suelas. El jefe de estación retrocedió a su caseta de señales
y dijo algo, pero no entendí su dialecto. Pareció hacerse
cargo.

—He dicho que puede usar mi paraguas —repitió en un
inglés tolerable.

—No voy muy lejos... —dije—, según el mapa, claro.

Pero la gente del norte es de una curiosidad insaciable:

—¿Cómo de lejos? —preguntó.

—La iglesia —dije—. Espero secarme cuando llegue.

—Pase y tómese un té primero —contestó.

—He quedado en ver al párroco.

—Ya. Yo soy metodista. De todos modos, si necesita al-
go, avíseme. Es decir, si es algo que esté en mi mano.

Parecía saber el motivo de mi llegada.

Emprendí entonces la marcha de mala gana, protegien-
do lo mejor que pude mi muda de ropa, que iba en la tale-
ga de mimbre, bajo el abrigo. El camino estaba donde de-
cía el mapa que debía estar. Y también el único edificio,
que resultó ser una granja desvencijada, con su trocito de
jardín delantero aburriéndose tras una herrumbrosa verja
de forja. Un perro, un airedale, arrastró su cadena, aulló sin

entusiasmo y corrió de nuevo a resguardarse. Más allá había un par de gallineros cayéndose a pedazos entre las ortigas, en el huerto abandonado. La lluvia resbalaba por mi sombrero formando un canal cuello abajo. Un asa de la talega cedió. Entonces doblé la esquina de un seto alto y me encontré en un pastizal despejado. Ahí estaba la iglesia.

Era un edificio del montón: no cabía duda de que no había habido ningún *boom* medieval de la lana por esos pagos. En aquel país se había pasado hambre, y cada piedra constituía una exacción. El pequeño presbiterio tenía un tejado en pendiente inusualmente poco pronunciada; debió de ser añadido unos cien años después del edificio principal (que tenía un tejado muy empinado que se aplataba en las naves laterales). La torre era achaparrada. No saquen una impresión errónea; el conjunto presentaba un aspecto bastante agradable, y cuando me acerqué, vi que la cantería había sido aparejada con muy buena mano: sillares de caliza, y no de cascote. Incluso entre los contrafuertes había sido cortada primorosamente, con sólo una pizca de mortero; y, medio ahogándome como estaba, aplaudí silenciosamente a los canteros. La piedra misma —con apenas un toque de amarillo pálido en ella, por el magnesio— debieron de extraerla de las canteras próximas a Tadcaster y de traerla por vía fluvial... No se me impacienten con los detalles: por aquel entonces, todavía me sentía orgulloso de mi faceta de aficionado a las piedras.

La tapia del cementerio se conservaba bien, por más que, sorprendentemente, el cerrojo de la estrecha cancela estaba roto y se aguantaba con un lazo de cuerda de agavillar. Había algunas lápidas del siglo XVIII que no estaban mal, con sus querubines manchados de líquenes, sus relojes de arena y sus calaveras medio ocultas tras los hierbajos, las ortigas y las matas de perejil de perro. Entreví dos o tres remates de una tumba familiar abrumada por las zar-

zas: un gato gris se asomó, me miró con ferocidad y se fue. Dios sabe qué otras cosas vivían allí: hoy día, lo habrían declarado reserva natural.

Los canalones y los desagües... No lo pude evitar: debía ver si tenían caída. De modo que me abrí paso entre la vegetación hasta rodear el edificio. ¡Ni un chorro en ninguna parte, ni rastro de caída de agua en los muros! La humedad es la perdición de las pinturas murales. Si hubiera habido una sola pared verde, podría haberme dado la vuelta allí mismo y dejar que el agua me llevara de nuevo a la estación.

De modo que regresé al pequeño porche, con sus asientos de piedra pulidos por quinientos años de roce con los traseros de los dolientes que se desmayaban con el incienso o a causa de los remordimientos.

Retorcí la argolla que hacía las veces de tirador y empujé la puerta. Chirrió; una advertencia por la que iba a estarle agradecido durante las próximas semanas. Y heme allí. En líneas generales, aquello era lo que yo suponía que podría ser: un suelo de losas de piedra, tres pilares rechonchos a cada lado de la nave central, dos naves laterales bajas y, más allá, un presbiterio (lo que podía verse de él) vigorosamente reorganizado por algún beneficiado con simpatías oxfordianas.[*] El techo era una obra sólida; podría haber sido un casco de barco visto del revés. Y era posible que hubiera algunas claves de bóveda interesantes. Pero, por supuesto, es el olor de los lugares, siempre el olor, lo que causa la primera impresión... Y aquí olía a cojines mojados.

El andamio, como se me dijo por carta, estaba montado, y ocupaba el arco del presbiterio. Había incluso una escalera de mano atada a éste, por la que subí de inmediato. Ay, cuántas cosas se pueden decir contra el reverendo J.G. Keach. Por desgracia, es así. Pero cuando se siente en el

banquillo del Juicio, también habrá que decir, como atenuante: Señor, era práctico. Lo que es una rara virtud en los ingleses. En Francia no nos hubieran venido mal unos cuantos oficiales de intendencia como él. Había dicho que el andamio estaría listo, y lo estaba. Había dicho que, si yo llegaba en el tren de las siete y cuarto, me recibiría en la iglesia a las siete y media. Y cumplió.

Y así fue como lo vi por vez primera, la personificación de sus precisas y prácticas cartas, parado en la puerta, a mis pies, deduciendo de las huellas mojadas que yo había llegado. Como un perro rastreador siguió mis pisadas hasta el pie de la escalerilla y luego hacia arriba.

—Buenas noches, señor Birkin —dijo, y bajé.

Tenía cuatro o cinco años más que yo, puede que treinta, un hombre alto pero no de apariencia fuerte, pulcramente trajeado, de ojos claros y aspecto frío y envarado, que, incluso después de haber tenido tiempo de acostumbrarse a mi tic facial, seguía hablándole a alguien situado detrás de mi hombro izquierdo. Fue directo al grano.

—Respecto a que se aloje en la habitación del campanario, no me parece en absoluto la mejor idea; en otras palabras, no me hace ninguna gracia. Sin duda le dejé bien claro en nuestra correspondencia que Mossop debe tocar la campana todos los domingos, y que la sogá pasa por un agujero en el suelo. Esperaba que usted tuviera otros planes; una pensión, o un cuarto en el Shepherds' Arms.

Musité algo sobre el dinero.

—La estufa —dije—. ¿Qué hay de la estufa? No dijo ni que sí ni que no. ¿Puedo usarla? La lluvia... como la de hoy... —Mi tartamudez lo desconcertó por un instante o dos.

—No estaba en el contrato. —Esquivó la cuestión, dando a entender, de alguna manera, que tampoco lo estaban mi tartamudez y mi tic facial—. En principio, no se hizo